

EL POPULISMO A DEBATE



Índice de contenidos

Introducción.....	2
I Populismo, concepto e historia.....	3
II Artillería intelectual contra el populismo.....	12
III De reversos y calenturas de la democracia.....	16
IV En el ojo del huracán: populistas frente a liberales.....	18
V El populismo como justificación del poder.....	21
VI ¿Qué es el populismo y quién es populista en España.....	24
VII La génesis del populismo en España.....	28
VIII De Trump a Podemos: Qué es exactamente el populismo.....	31
IX El día que España dijo populismo.....	34
X Por qué no hay derecha populista en España.....	38

INTRODUCCIÓN

El presente dossier “*El populismo a debate*” constituye un compendio de diferentes artículos y reflexiones en torno a un tema candente como es el Populismo.

Desde la Venezuela chavista hasta la irrupción de Trump en los EEUU, pasando por Podemos en España o el Frente Nacional en Francia, el Populismo ha regresado y con intención de quedarse. Pero, ¿de qué estamos hablando, qué es eso a lo que llaman populismo?. Con este dossier, desde la Fundación Gadeso pretendemos arrojar un poco de luz sobre estas cuestiones.

I POPULISMO, CONCEPTO E HISTORIA

El concepto de populismo deriva de pueblo y literalmente denomina a la estrategia de las corrientes políticas que buscan el apoyo de las clases populares. Se trata de un concepto difícil de definir con exactitud, con el que se designan realidades diferentes. El uso del calificativo «populista» se hace habitualmente en contextos políticos y de manera peyorativa, sin que del término se desprenda por sí mismo una evidente identificación ideológica, sino estratégica —dentro del espectro izquierda-derecha—. También se ha aplicado en contextos religiosos para calificar a la teología de la liberación y a la teología del pueblo, así como para referirse a la acción política de los grupos económicos concentrados, con la expresión “populismo del capital”.

Populistas a la derecha, populistas a la izquierda. Quien dice «populismo» se adentra en un terreno difícil... En todo caso, el concepto de populismo es peyorativo... Hablamos entonces de demagogia, y la demagogia tiene un gran repertorio de métodos.

Ralf Dahrendorf⁸

Es preciso mencionar la contribución de Ernesto Laclau en la forma de entender al populismo. Tomando elementos de lingüística y psicoanálisis aborda este fenómeno complejo brindando un esquema conceptual para comprender la constitución de la hegemonía en el populismo.

Quienes piensan que el populismo constituye una corriente política con características objetivas, destacan aspectos como la simplificación dicotómica, el antielitismo (propuestas de igualdad social o que pretendan favorecer a los más débiles), el predominio de los planteamientos emocionales sobre los racionales, la movilización social, el liderazgo carismático, la imprevisibilidad económica, el oportunismo, etc.

Una parte importante de los estudios latinoamericanos cuestiona el uso eurocéntrico y universalizador del término «populista», cuando se aplica a corrientes políticas latinoamericanas, obviando el estudio puntual y las circunstancias históricas particulares de las mismas.

Populismo es un vocablo de suma ambigüedad, ampliamente empleado, y definido por la Real Academia Española como “Tendencia política que pretende atraerse a las clases populares”. Posiblemente el primer movimiento político con esa denominación fue el *naródnik* (como adjetivo, *naródnichestvo* como sustantivo) ruso del siglo XIX.

Generalizaciones empíricas

Los rasgos que más frecuentemente se encuentran presentes en aquellos movimientos sociales catalogados como populistas son los siguientes:

- Rechazo a los profesionales de la política.
- Desconfianza en las instituciones públicas existentes.
- Diálogo directo entre la dirección del movimiento y la base social.
- Fuerte voluntad de movilización y participación.
- Retórica nacionalista.
- Liderazgo caudillista.

Significados

«Populismo» se usa para designar a la estrategia de las corrientes ideológicas que sostienen la reivindicación del rol del Estado como defensor de los intereses de la generalidad de una población a través del estatismo, el intervencionismo y la seguridad social con el fin de lograr la justicia social y el Estado de bienestar.

En sentido negativo

El populismo con una «significación peyorativa» es el uso de «medidas de gobierno populares», destinadas a ganar la simpatía de la población, particularmente si esta posee derecho a voto, aun a costa de tomar medidas contrarias al Estado democrático. Sin embargo, a pesar de las características antiinstitucionales que pueda tener, su objetivo primordial no es transformar profundamente las estructuras y relaciones sociales, económicas y políticas (en muchos casos los movimientos populistas planean evitarlo), sino preservar el poder y la hegemonía política a través de la popularidad entre las masas.

En sentido general, sectores socialistas y comunistas han utilizado el término «populista» para definir a los Gobiernos que —aun favoreciendo a los «sectores populares» (principalmente a la clase obrera)— no pretenden terminar con el sistema capitalista.

Tanto la economía keynesiana, como una posición crítica de la política exterior de Estados Unidos han sido prácticas sustanciales del populismo latinoamericano, tanto de los años 1930-1950, como la más reciente ola de la «nueva izquierda» de los 2000. En el caso europeo de los 2010, la crítica principal es a la hegemonía y dominio de los intereses políticos alemanes y el sector financiero global.

La crisis de la representación política es una condición necesaria pero no una condición suficiente del populismo. Para completar el cuadro de situación es preciso introducir otro factor: una «crisis en las alturas» a través de la que emerge y gana protagonismo un liderazgo que se postula eficazmente como un liderazgo alternativo y ajeno a la clase política existente. Es él quien, en definitiva, explota las virtualidades de la crisis de representación y lo hace articulando las demandas insatisfechas, el resentimiento político, los sentimientos de marginación, con un discurso

que los unifica y llama al rescate de la soberanía popular expropiada por el establecimiento partidario para movilizarla contra un enemigo cuyo perfil concreto si bien varía según el momento histórico —«la oligarquía», «la plutocracia», «los extranjeros»— siempre remite a quienes son considerados como responsables del malestar social y político que experimenta «el pueblo». En su versión más completa, el populismo comporta entonces una operación de sutura de la crisis de representación por medio de un cambio en los términos del discurso, la constitución de nuevas identidades y el reordenamiento del espacio político con la introducción de una escisión extrainstitucional.

Desde un punto de vista opuesto, los sectores conservadores han utilizado el término «populista» para definir a los gobiernos que presentan los intereses de las clases económicamente más altas (grandes grupos económicos, etc.) como separados y contrarios a los de las más bajas consideradas como una mayoría permanente con intereses homogéneos autoevidentes que no requerirían así del pluralismo político, destruyendo la posibilidad del disenso político y del crecimiento económico por vías privadas.

Según Ylarri, el rasgo más característico del populismo es la construcción de la idea del «pueblo» como agente histórico, depositario de las virtudes sociales de justicia y moralidad y responsable del cambio social, confrontado a «otro» que impide el desarrollo del destino del pueblo.

En sentido positivo

Varios movimientos sociopolíticos a través de la historia mundial moderna han pretendido que «el pueblo» —es decir, los agricultores y campesinos, los obreros, los pequeños empresarios, el bajo clero, las clases profesionales (médicos, maestros, profesores, contables, ingenieros, empleados públicos, etc.)— sea quien ostente el poder en los Estados democráticos, en contra así de las élites o clases dominantes.

Estos movimientos populistas se han basado en las ideas políticas de la cultura autóctona sin reivindicar necesariamente el nacionalismo, y oponiéndose siempre al imperialismo. Ejemplos de este tipo han sido el populismo ruso y el populismo estadounidense del siglo XIX (este último llamado también «productivismo»); el cantonalismo español; el agrarismo mexicano y los carbonarios italianos. Pueden estar influenciados (o no) por una o varias ideologías o proyectos políticos definidos. Sin embargo, normalmente no se adhieren a ellos de forma explícita.

En su crítica de la novela *Todos los hombres del rey*, del premio Pulitzer Robert Penn Warren, Esteban Hernández hace un interesante análisis de la relación entre populismo y aristocracia. Hernández sostiene que en los países menos desarrollados, el populismo va de la mano con

la lucha contra el hambre, el aumento de impuestos a los ricos y la supeditación del mundo empresarial a la política, tal como fue planteado por Franklin Delano Roosevelt en los Estados Unidos con el New Deal. Hernández señala que, en esos países, el populismo definiría una alternativa a la aristocracia mucho más probable que el comunismo, y que por esa razón ha sido (y es) denostado por los sectores conservadores.

***Factio popularium* en la antigua Roma**

En el período de la última república romana, aparecieron una serie de líderes llamados populares (o *factiō populārium*, ‘partido o facción de los del pueblo’) que se oponían a la aristocracia tradicional conservadora y apostaban por el uso de las asambleas del pueblo para sacar adelante iniciativas populares destinadas a la mejor distribución de la tierra, el alivio de las deudas de los más pobres y la mayor participación democrática del grueso de la población. Entre sus líderes están varios de los Gracos, Publio Clodio Pulcro, Marco Livio Druso, Sulpicio Rufo, Catilina, Cayo Mario o Julio César.

Este grupo (*factio*) contó con la oposición acérrima del partido aristocrático de los optimates encabezado por Cicerón, que usó su poder político y su retórica para eliminar el poder político (y a veces la vida) de los líderes de los populares.

De derecha

El populismo de derecha es una categoría específica dentro del populismo, que se utiliza en algunos casos para identificar a políticos y gobiernos que emplean diversos mecanismos de manipulación para obtener el apoyo popular, con el fin de poner en práctica políticas de derecha. Se han puesto como ejemplos de populismo de derecha a políticos como Donald Trump en Estados Unidos, Marine Le Pen en Francia y Mauricio Macri y la alianza Cambiemos en Argentina, entre otros.

A partir del siglo XX

En América Latina







***Artículo principal:* Populismo latinoamericano**

En América Latina existen varios ejemplos de gobiernos que con sus diversos matices y características temporales y espaciales han sido tildados de «populistas» por sus opositores:

Juan Perón fue uno de los presidentes en América Latina tildado de populista.

-  Argentina: En Argentina, todos los gobiernos democráticos electos han sido calificados como populistas por algún analista, con

excepción de Fernando de la Rúa (1999-2001). A saber: Hipólito Yrigoyen (1916-1922, 1928-1930), Marcelo T. de Alvear (1922-1928), Juan Domingo Perón (1946-1955, 1973-1974), Arturo Frondizi (1958-1962),⁴Arturo Illia (1963-1966), Raúl Alfonsín (1983-1989), Carlos Menem (1989-1999), Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015). Varios artículos relacionan Mauricio Macri con el “populismo” y con el “populismo de derecha”

-  Bolivia: Evo Morales (desde 2006).
-  Brasil: Getúlio Vargas (entre 1930 y 1945, y entre 1951 y 1954), Lula (2002-2006), Dilma Rousseff (2011-2016).
-  Chile: En sentido “positivo”, Arturo Alessandri Carlos Ibáñez del Campo y el Frente Popular; en sentido peyorativo, Sebastián Piñera, Michelle Bachelet.
-  Colombia: Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957).
-  Ecuador: José María Velasco Ibarra (1934-1935, 1944-1947, 1952-1956, 1960-1961 y 1968-1972), Abdalá Bucaram (1996-1997), Fabián Alarcón (1997-1998), Rafael Correa (desde 2007).
-  Venezuela: Hugo Chávez (1999-2013), Nicolas Maduro (desde 2013).

En esta línea de crítica política, han sido cuestionados como «populistas» tanto gobiernos de derecha como de izquierda: los primeros identificados con el sistema capitalista y el liderazgo de los Estados Unidos, y los segundos identificados con posiciones nacionalistas y una posición desligada de los Estados Unidos. En 2006, el expresidente de Brasil, Fernando Henrique Cardoso, quien realizara en su país reformas neoliberales, en un artículo titulado «El populismo amenaza con regresar a América Latina», sostiene que entre los elementos que hacen que un gobierno no sea populista, se encuentran tener «políticas públicas prudentes y sensatas», así como un mayor acercamiento a Estados Unidos.

Francisco Panizza ofrece una lectura del populismo como un espejo de la democracia cuyo punto de discusión central es la posibilidad de poner al pueblo en un lugar de realidad objetiva. El populismo no es posible sin la articulación retórica de un pueblo «construido» en tanto actor social colectivo pero abstracto. En estos procesos los líderes no solo hablan en nombre del pueblo, sino que recurren al sentido de emergencia para introducir políticas que de otra manera serían rechazadas.

Por su parte, Ernesto Laclau (1935-2014) afirmaba que el populismo es la mejor forma de organización política pues da mayor lugar y representatividad a clases que hasta el momento estaban relegadas. Laclau afirma que el populismo es, de las formas republicanas,

la mejor posible debido a que permite la participación de mayores grupos sociales en la pugna de poder y recursos. El populismo no deja de ser una mera expresión de la política que enriquece la vida democrática. El teórico introduce un neologismo, la razón populista para ayudar a comprender su relación con el aparato ideológico del estado.

La postura de Laclau fue criticada por algunos estudiosos de izquierda, la mayoría de ellos de raigambre marxista, por dos temas en específico. El primero es que al ensanchar la base distributiva de la riqueza, no se corrige la asimetría de base sino que la desigualdad se acrecienta. Ello sucede no solo por la repatriación del capital en mano de las élites capitalistas sino porque no se transforma el principio de plusvalía enraizado en el fetichismo de la mercancía, hecho por el cual el capitalismo puede consolidarse.^{70 71} David Kelman sugiere que existe una nueva forma de hacer política que toma la teoría conspirativa como forma disciplinaria, con el fin de ganar adhesión en el propio grupo. De esa forma se produce un vacío el cual es llenado por medio del misterio y de axiomas que no pueden ser validados empíricamente. En perspectiva, los populismos modernos adoptan una raigambre de simulacro, mientras en el fondo legitiman los intereses de la elite capitalista.

En Estados Unidos

El New Deal del presidente Franklin Delano Roosevelt y la Nueva Frontera del presidente John F. Kennedy han sido considerados iniciativas del «populismo progresista». En cambio, la BBC ha calificado el gobierno del presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, como «populismo conservador».

En 2007, Paul Krugman —ganador del Premio Nobel de Economía en 2008— sostuvo que Estados Unidos precisaba un «contragolpe populista» (*populist backlash*) para revertir el aumento de la desigualdad social.

En Estados Unidos, al igual que en América Latina, se recurre al término «populismo» para descalificar las características de los candidatos opositores tanto de derecha como de izquierda. En la campaña para las elecciones presidenciales de 2008, el diario *El País* (de España) calificó negativamente como «populistas» tanto a Hillary Clinton como a Obama. Por su parte, el presidente George W. Bush también ha sido considerado como populista.

En el cristianismo

Artículo principal: Teología de la liberación

Artículo principal: Teología del pueblo

En el cristianismo han sido calificadas como populistas la teología de la liberación en general y la teología del pueblo, una corriente teológica surgida en Argentina perteneciente a la teología de la liberación, de

considerable influencia en el pensamiento del papa Francisco. El propio papa Francisco ha sido calificado como populista.

Un tipo de comportamiento recurrente de parte de los Estados latinoamericanos que sirve para explicar una «inestabilidad macroeconómica» [...] y se define por «los episodios inflacionarios, las crisis en las balanzas de pagos y los penosos esfuerzos de estabilización». [...] «han intentado resolver los problemas de la desigualdad del ingreso mediante el uso de políticas macroeconómicas demasiado expansivas». [...] Las causas de tales recaídas son «los efectos devastadores de la Gran Depresión, las vastas desigualdades del ingreso, una confianza ingenua en la capacidad de los gobiernos para sanar todos los males sociales y económicos, y las ideas de la CEPAL en los años 50

La miopía eurocéntrica, no solo de estudiosos de Europa o de Estados Unidos sino también de los de América Latina, ha difundido y cuasi impuesto universalmente el nombre de populismo para esos movimientos y proyectos que, sin embargo, tienen poco en común con el movimiento de los narodnikis rusos del siglo XIX o del populismo estadounidense posterior. Una discusión de estas cuestiones en mi texto *Fujimorismo y populismo*, en Burbano de Lara (editor), *El fantasma del populismo*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998

Populismo. Es la palabra mágica para desacreditar a los gobernantes de izquierda. «El populismo cambia las reglas», era el titular de *El País* del 14 de mayo [de 2006] para informar de la nacionalización en Bolivia. Como de derechas no les pueden llamar, decirles de izquierda no sirve para desautorizar y de dictadores no pueden acusarles, se han inventado el término populismo. Nacionalizar los recursos, aplicar políticas sociales de redistribución de la riqueza, luchar contra el analfabetismo y llevar médicos a las zonas pobres es populismo. Dice Emir Sader que «el término populista ha sido retomado en el marco del discurso neoliberal, para designar a las políticas consideradas irresponsables, aventureras, inflacionarias, que promueven concesiones sociales incompatibles con las leyes de hierro del ajuste fiscal». José María Aznar ya clamaba en Miami en una conferencia en junio de 2005 afirmando que «el populismo ya no es un potencial peligro en Iberoamérica sino una realidad. Ya comienza a incendiar países y hay que pensar cómo apagarlo». Solo el neoliberalismo, afirma Emir Sader, puede diabolizar un concepto que tiene su origen en la palabra pueblo. Como dice el profesor de la Universidad Complutense de Madrid y columnista del diario mexicano *La Jornada*, Marcos Roitman, sobre el término populismo pesa una maldición, «sin necesidad de explicar su significado, cuando se trae de la mano se convierte en un insulto». Ya no hace falta desarrollar cuáles son

los elementos negativos de la política de un líder popular, se le acusa de populismo y resuelto. He aquí la mejor herramienta contra Chávez o Morales. Además es muy flexible, sirve para meter en el mismo saco a Chávez, a Fujimori, a Perón... Por supuesto a ningún líder europeo.

Francesc de Carreras, , El País, 9 de abril de 2015: "... el término populismo ha sido usado con distintos significados en diferentes contextos históricos y geográficos, algo que no es casual. ¿Hay alguna semejanza entre el populismo de los narodniks rusos del siglo XIX con el fascismo y el nazismo, del anarquismo con el peronismo, del jacobinismo con el nacionalismo, de Pablo Iglesias con Artur Mas? Sin duda la hay, a pesar de tener contenidos tan diferenciados. Lo común a todo populismo no es una ideología substancial —derechas o izquierdas, por ejemplo— sino una estrategia para acceder y conservar el poder, lo cual le permite cobijar ideologías muy distintas, siempre que coincidan en que la causa de todos los males es una y sólo una, sea el zar o el rey, la propiedad, la religión, la oligarquía financiera, las élites políticas o la opresión nacional. Siempre debe ser una causa simple, emocionalmente sencilla de entender y racionalmente difícil de explicar con buenos argumentos”

En el lenguaje corriente, ciertos políticos y académicos descalifican, abominan del término «populismo». Los «izquierdistas» critican al populismo porque éste no apunta a erradicar el sistema capitalista. Los conservadores lo critican porque, aun incompletamente, defiende más los intereses de los sectores populares. Se lo usa, se lo invoca de manera peyorativa, como un insulto, como si fuera una «mala» palabra. Por cierto, populismo se deriva de lo popular, de pueblo. ¿Estará mal hablar de lo popular/pueblo o encarar políticas en defensa de lo popular? En contraposición, ¿estos sectores preferirían emplear el concepto de elitismo o de grupos selectos (no populares) que serían diferentes y mejores que la gente común? Intentan vilipendiar y construir una idea estigmatizante, desvalorizada de lo popular, desde su propia posición de clase. Algunos por odio de clases y otros por inveterada miopía intelectual, replotan la vieja antinomia de «popular versus antipopular».

Es casi una cuestión de definiciones de manual: el populismo se construye con clientelismo, el peronismo kirchnerista es populista y por lo tanto también es clientelista, lo que implica su desaparición si pierde la fuente del clientelismo que es el Gobierno. En Europa se llama populista a un tipo como Berlusconi o a los neonazis. Son fuerzas reaccionarias, conservadoras, que se sustentan con dádivas. De alguna manera, eso fue Carlos Menem o en eso lo convirtió el neoliberalismo. Pero el menemismo prácticamente desapareció y en cambio el peronismo ya va a cumplir setenta años. Hay una diferencia entre la fugacidad del menemismo y la

pervivencia del peronismo. Para menemistas y antiperonistas, el peronismo es una máquina de poder sin contenido. Da lo mismo Perón que Menem o Kirchner, porque sólo lo define su proximidad con el poder. Es una calificación devastadora para el peronismo e infinitamente cruel y despectiva para los sectores populares. En ese aspecto aparece como una mirada muy clasista, con poco conocimiento de la naturaleza concreta de lo que habla, porque niega toda capacidad de inteligencia y solidaridad a los pobres. El menemismo no fue lo mismo que Perón o Kirchner, sino todo lo contrario, porque expresó la derrota de los movimientos populares y progresistas frente a la hegemonía fenomenal del neoliberalismo en el mundo a partir de la globalización. El peronismo menemista fue el encargado de destruir las conquistas logradas por el peronismo en Argentina al mismo tiempo que en Europa era la misma socialdemocracia la que enterraba al Estado de Bienestar que había levantado.

II ARTILLERÍA INTELLECTUAL CONTRA EL POPULISMO

IÑIGO ERREJON

José María Lassalle ha escrito un ensayo breve, ágil y vigoroso dedicado a combatir la que en su opinión es la principal amenaza para las democracias contemporáneas, un fantasma de contornos imprecisos que en los últimos años inspira ríos de tinta, gruesos titulares y cataratas de adjetivos: el fantasma del populismo. Con un buen olfato intelectual y un explícito compromiso liberal y conservador, Lassalle diagnostica la discusión fundamental de nuestros días: para sectores cada vez más amplios de nuestras sociedades, las certezas de antaño, las promesas de seguridad y prosperidad, están hoy rotas y se han llevado por delante con ellas la confianza de los gobernados en las élites políticas y económicas.

A partir de aquí, y todo en virtud del combate de la demagogia y las “bajas pasiones”, Lassalle no escatima en recursos e imágenes para que compartamos su inquietud: “Entre los escombros de la fe en el progreso (...) repta silenciosa y oculta a los ojos de la opinión pública la serpiente de un populismo que puede convertirse en la columna vertebral de un nuevo leviatán totalitario”. Casi nada. A lo largo del ensayo, la ausencia de demostraciones empíricas que permitan contrastar la encendida prosa con la realidad es compensada por más andanadas retóricas, hasta dibujar un paisaje tenebroso en el que causas y consecuencias se confunden.

El autor acierta en su lectura de la sensación generalizada de fin de ciclo, de pacto social y político resquebrajado. Pero indaga poco o nada en sus causas, en el tipo de políticas concretas que han sustituido la conciencia de los derechos por el miedo al futuro, en la voladura de las instituciones o las políticas públicas que tenían como objetivo limitar el poder de los más fuertes, elevar las oportunidades de los más débiles y garantizar unas reglas del juego compartidas por toda la comunidad política. Este marco de convivencia, en el libro de Lassalle, habría volado por los aires fruto de una “crisis” sin nombres ni apellidos, sin decisiones concretas con ganadores y perdedores de las mismas. Un fenómeno al margen de la política, sobre el que no cabe hacerse preguntas políticas ni, por tanto, pensar alternativas, igual que sucede, por ejemplo, ante un huracán. Así que el problema pasa a ser que sobre ese fenómeno han surgido fuerzas políticas que para Lassalle son más bien “estados de ánimo”, por supuesto irracionales: rencor, venganza, miedo. La fractura social, la jibarización de la democracia por poderes privados no sometidos a control alguno no existían hasta que despiadados tribunos de la plebe la han señalado, de tal manera que el problema es señalarla, no su existencia. Por poner un ejemplo concreto: el desprestigio de las instituciones no tendría tanto que ver con su uso patrimonial —o

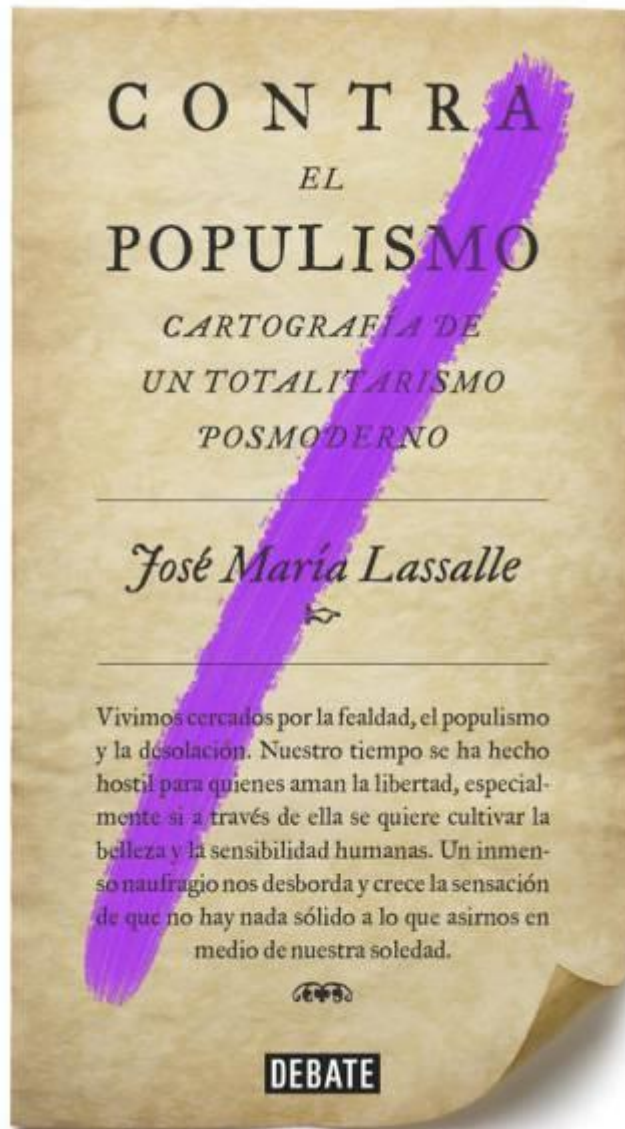
saqueador— por parte de las élites tradicionales como por la artillería discursiva del populismo.

El autor acierta en su lectura de la sensación de fin de ciclo, de pacto social y político resquebrajado. Pero indaga poco o nada en sus causas

El constitucionalista norteamericano Ackerman señala que la historia pasa por “épocas frías”, durante las cuales la institucionalidad existente contiene en lo fundamental las esperanzas y demandas de la población, y por “épocas calientes”, de carácter más bien fundacionalista, en las que un excedente popular no contenido o satisfecho en la institucionalidad existente reclama con más o menos éxito la reconstrucción del interés general y una arquitectura institucional acorde. Esto no es resultado de malignas y demagógicas conspiraciones, sino la esencia de la política: los fines de una comunidad, su propia composición, no están dados y es en torno a su definición que se articula la disputa y el pluralismo. También los “antipopulistas” elaboran relatos que explican la realidad, atribuyen responsabilidades, reparten posiciones e identifican a un “nosotros” que quieren mayoritario. La diferencia es que ellos lo niegan.

Nuestros sistemas políticos contemporáneos son hijos de una convergencia, no exenta de conflictos, entre el principio democrático y el principio liberal. Ambos han convivido en un equilibrio siempre inestable. En los últimos tiempos, ese equilibrio se ha escorado claramente hacia el principio liberal por la erosión de los derechos sociales y el estrechamiento de la soberanía popular. De ahí procede el desencanto y la brecha entre gobernantes y gobernados. Sin embargo, a los intentos de reequilibrar esta convivencia Lassalle los mira como afanes revanchistas y rencorosos propios de perdedores. Su solución es protegerse aún más del componente popular y profundizar el desequilibrio en favor del liberalismo. Salir del hoyo cavando.

Una de las mejores hebras del libro es el análisis de la tensión entre la “excepcionalidad” del momento de construcción popular y la “normalidad” del enfriamiento institucional. El problema es que Lassalle no la puede desarrollar pues para él no hay tensión, sino contraposición moral. A pesar de todas las evidencias empíricas, para él se trata de dos fuerzas antagónicas y no de una tensión que genera un movimiento pendular. Al negar todo posible entendimiento entre el momento popular y el momento republicano, Lassalle nos devuelve en lo teórico a la dicotomía simplificada liberalismo versus comunitarismo, y en lo político nos condena a la inmovilidad y la mistificación de lo existente como lo único posible.



Siempre que, tras un momento de dislocación y crisis, hay una nueva reunión de voluntades, un “volver a barajar las cartas”, aparece el pueblo, la gente o el país, como nueva voluntad colectiva. Es el momento fundacional de *we the people* que a los conservadores de distinto signo ideológico fascina cuando está escrito en un código o expuesto en un museo de historia, pero horroriza cuando asoma la cabeza en el presente. El “pueblo”, por tanto, es entonces algo así como un imposible imprescindible: imposible porque la diversidad de nuestras sociedades —afortunadamente— nunca se cancela o cierra en una voluntad general plenamente unitaria y permanente, pero al mismo tiempo imprescindible, porque no existen sociedades sin mitos, relatos y metas compartidas en torno a las cuales construir orden y anticipar soluciones a los principales problemas del momento. La hegemonía es la capacidad dirigente para articular un nuevo horizonte general que incluya también a los adversarios. Y hoy está en disputa, lo que inquieta a sus tradicionales detentadores hasta el punto de llevarles a escribir encendidos ensayos.

Los conservadores siempre han desconfiado de “los riesgos que conlleva la arquitectura masiva e igualitaria de la democracia” y en los años dorados del neoliberalismo acariciaron la utopía regresiva de establecer “democracias sin demos”: de electorados y consumidores, fragmentados, solos frente a los grandes poderes, sin pasiones ni identidades compartidas, que se reúnen sólo dentro de los límites y cuando son oficialmente convocados: exorcizar la comunidad. Tal cosa nunca fue posible, pero el estallido de la crisis financiera y el devastador resultado de su gestión en favor de intereses de minorías privilegiadas hacen hoy inaplazable la discusión que de manera certera identifica Lassalle: la refundación democrática de nuestras comunidades políticas para paliar la incertidumbre, la precariedad, la desprotección y el sentido de injusticia e impunidad de los poderosos que se abaten sobre nosotros.

Parece difícil negar que hoy atravesamos un momento caliente. La encrucijada es si sabremos encauzarlo institucionalmente o elegiremos condenarlo moralmente —“los míos son actores políticos legítimos, los otros son un estado de ánimo, una suspensión de la razón”—. Nos jugamos que el impulso popular sirva para ensanchar y robustecer nuestras democracias o que se estrellen contra unas élites atrincheradas y temerosas del futuro... e incluso de una “sobredimensión de la esencia popular de la democracia”. Esta es, como bien señala el autor, la batalla intelectual más relevante del momento, y Lassalle es sin duda de los más lúcidos y preparados para librarla desde el campo conservador. Bienvenida sea.

III DE REVERSOS Y CALENTURAS DE LA DEMOCRACIA

El autor responde a la crítica de Íñigo Errejón sobre su libro en Babelia

JOSÉ MARÍA LASSALLE

El populismo es una estrategia de seducción elitista. Un proyecto político que actúa sobre la estructura emocional de la democracia al calentar y manipular las adherencias que conectan al pueblo con la institucionalidad que lo representa. El objetivo es que el reverso inconsciente de la democracia haga bullir su estabilidad. Que sustituya la fría racionalidad formal de legitimación que hace posible que todos, más allá de nuestras diferencias, constituyamos un “nosotros” en el que cada uno se reconozca como parte del mismo pueblo soberano. La sospecha de que unos trabajan contra otros, de que existen mecanismos de hegemonía de clase que ocultan una relación dialéctica que sustenta la sociedad en una disputa entre amigos y enemigos, es uno de los resortes que activa sutilmente. En esta tarea, el populismo identifica un “horizonte de oportunidad” que, como ha sucedido con la crisis, haga posible un desencuentro dentro de la sociedad que rompa la unidad simbólica del pueblo y que no dude en favorecer su dislocación y división. De este modo se busca provocar finalmente un reseteo revolucionario del poder mediante, en palabras de Laclau, “una plebs que reclame ser el único *populus* legítimo —es decir, una parcialidad que quiere funcionar como la totalidad de la comunidad—”. Para lograrlo es fundamental, como veía Gramsci, una especie de guerra de posiciones que, prolongada y gobernada por la planificación de intelectuales orgánicos, proyecte una voluntad de cambio que altere finalmente las reglas de juego democráticas. ¿Cómo? Vulnerándolas a partir de una inteligencia que sustituya el boxeo de masas revolucionario por el ajedrez guerrillero de acciones culturales y relatos políticos que alteren las mentalidades hasta hacer posible la ruptura de la unidad del pueblo.

Artillería intelectual contra el populismo

Íñigo Errejón es uno de esos intelectuales orgánicos de los que hablaba Gramsci. Un pensador brillante que, a partir de una sólida formación académica, despliega con nitidez seductora los argumentos de la razón populista que acabo de describir. Sin lugar a dudas es el principal activo intelectual de su partido, circunstancia que me mueve a responder la reseña crítica que tan elegantemente escribió sobre mi libro [Contra el populismo; Debate, 2017]. No en balde, como diría su admirado Stuart Hall, ha asumido el papel de un líder cultural alineado con fuerzas históricas emergentes que desarrollan desde el populismo “técnicas cruciales de articulación discursiva, desarticulación y articulación”, participando “en la vida práctica, como constructor, organizador,

persuasor permanente y no simple orador”. Circunstancia que hace que el artículo de Errejón no sea una simple crítica ensayística, sino la cartografía de un relato populista desde el que, con acerada inteligencia, inicia el despliegue de una potente línea de fuego analítico que quiere dar la “batalla intelectual más relevante del momento”. Batalla que no duda en plantear con la mano tendida desde el respeto y la argumentación, pero que elige como tablero de juego un aparato privilegiado de producción de hegemonía como es la cultura.

La institucionalidad ha mostrado disfuncionalidades profundas, pero sigue en pie y con capacidad de desplegar acciones de reforma

El vector de combate que plantea Íñigo Errejón afirma que la crisis ha hecho surgir una voluntad popular renovada. Una voluntad que sería el producto de “una erosión de los derechos sociales y del estrechamiento de la soberanía popular” que ha favorecido el “desencanto y la brecha entre gobernantes y gobernados”. Circunstancias que justificarían un momento popular caliente que protagonizaría un “excedente popular no contenido o satisfecho en la institucionalidad existente” y que, por tanto, reclamaría una “reconstrucción del interés general y una arquitectura institucional acorde” con el resultado de “volver a barajar las cartas”. Hasta aquí un relato impecable que matizan los hechos porque la experiencia colectiva resultante de estos años de crisis es algo distinta. Es indudable que la institucionalidad democrática se ha debilitado, pero ha resistido, también, en el respaldo popular. El “nosotros” que unifica al pueblo no se ha roto. Ni por su polarización emocional ni por la agitación de su reverso violento e inconsciente. El pluralismo sigue siendo fructífero, lo mismo que la otredad y el respeto tolerante al otro. Los reaseguros sociales han funcionado y permiten que la paz social se mantenga en Europa. Es indudable que la institucionalidad ha mostrado disfuncionalidades profundas, pero sigue en pie y con capacidad de desplegar acciones de reforma que la adaptan a las nuevas realidades, aunque, eso sí, desde las reglas de juego que siguen vigentes. Errejón concluye que hay que barajar las cartas y le respaldo, aunque con las reglas que hemos pactado porque son de todos. Y para que el juego democrático sea posible hay que hacerlo sin esa épica que invoca y, a poder ser, sin los mitos que propician la irracionalidad. Apoyémonos en una solidaridad afectuosa que nos haga sentir que somos un “nosotros” que debemos preservar unido y en paz si queremos definirnos como seres civilizados. Confiamos en los otros y cuidemos entre todos la democracia. Prefiero tender la mano intelectual a mi admirado Errejón para esto que para la batalla.

IV EN EL OJO DEL HURACÁN: POPULISTAS FRENTE A LIBERALES

Lassalle y Errejón deberían discutir sus argumentos rebajando el nivel de abstracción

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS

Hablar, comunicar, debatir. Esa es la esencia de la convivencia pacífica. Lo dice el refranero: hablando se entiende la gente. Y algo así emblemiza, a un nivel superior, el parlamentarismo democrático. El “menos malo de los sistemas políticos” se precia de confrontar, en un espacio lo más respetuoso posible, los diferentes discursos que conviven en una época, con la idea de que tras la confrontación dialéctica, una mayoría cualificada en representación del conjunto de la población tome, en conciencia, la mejor decisión e, idealmente, dé una solución civilizada a los conflictos. Con todo lo cuestionada que está la democracia deliberativa, ahí seguimos.

Viene esta perogrullada a cuento del artículo que acaba de escribir en este medio Íñigo Errejón, en respuesta al trabajo titulado Contra el Populismo, recién publicado por José María Lassalle. Es este un corto ensayo (“breve, ágil y vigoroso”, según el dirigente podemita) en el que Lassalle se enfrenta, utilizando toda su artillería retórica, con el que está considerado, desde el punto de vista liberal, como el gran peligro de nuestra época. Lassalle, hombre elegante, pensador inteligente y liberal convencido, critica desde su posición ilustrada, de un moderantismo inequívoco, el fenómeno populista. Su punto fuerte es su convicción ciega en unos valores que han demostrado, a lo largo de más de dos siglos, una resistencia a prueba de bombas.

Es el suyo un liberalismo, entendido en el sentido más amplio de la palabra, que debe ser ubicado, para su comprensión cabal, en la corriente de pensamiento antiabsolutista que provocó la caída del Antiguo Régimen. Liberalismo político imbricado hasta el tuétano en nuestras democracias actuales, profundamente consensuado y que poco o nada tiene que ver con el liberalismo econocimicista que más bien tendríamos que llamar anarquía de mercado, a juzgar por su funcionamiento, más que otra cosa. La confusión del liberalismo económico con el político ha sido la circunstancia que más daño ha hecho a los liberales en los últimos años. A la hora de rechazarlo, no obstante, conviene no tirar el bebé con el agua sucia del baño, como dicen los franceses.

Frente a esta posición previsible de Lassalle, se ha erigido en campeón de la causa populista Íñigo Errejón, como portavoz de ese núcleo duro intelectual del mundo podemita que, a rebufo de Laclau, entiende el populismo no como algo negativo sino como el momento democrático por excelencia. Ese momento, en las “épocas calientes” ackermanianas a que se refiere Errejón, en el cual un pueblo, insatisfecho con las instituciones incapaces de dar solución a sus demandas, se convierte en actor totalitario de una subversión que aspira a ser fundacional. Plebe usurpando el demos, en términos laclausianos, gracias a la articulación unitaria de los diferentes colectivos en conflicto con la hegemonía neoliberal que, unidos en esa relación de equivalencia (los señores podemitas me corregirán si no he entendido bien), deberían ser capaces de imponer una nueva hegemonía de signo no sé si socialista o popular. Ahí ya me pierdo.

La confusión del liberalismo económico con el político ha sido la circunstancia que más daño ha hecho a los liberales en los últimos años

Y eso es precisamente a lo que iba. Los dos autores citados están de acuerdo en que este, populismo vs. liberalismo, es el gran debate de nuestra época. Y yo, con mis lecturas políticas de autodidacta en esas alturas del pensamiento donde se dirimen las grandes cuestiones históricas, estoy dispuesto a concedérselo, y tengo ganas de presenciar el debate. Y, sin embargo, el problema es que me cuesta horrores entender la postura populista, no por otra cosa sino por el lenguaje tan enrevesado que manejan sus defensores. Falta, me parece a mí, mucha pedagogía.

Adolecen Errejón y los suyos de una oscuridad conceptual vertiginosa. No en balde chupa todo este -llamémosle por su nombre- posmarxismo de las dos jergas más influyentes y oscuras del siglo XX: el psicoanálisis y el propio marxismo, tanto en su vertiente original como en sus sucesivas derivaciones. El resultado es que, estando posiblemente acertados en el fondo de la cuestión, esa parte de razón se desvirtúa por el lenguaje tan tremendamente enmarañado que manejan. No hay sino que echarle un vistazo a los textos del tan cacareado Zizek, pese a sus ejemplos poperos, de engañosa facilidad (los ejemplos, no el pensamiento).

En definitiva, yo quiero que se abra este debate, sí, y quiero ver discutir a autores, como Lassalle y Errejón, familiarizados con los pensadores que están en el ojo del huracán de lo que está sucediendo ahora mismo. Lo

único que les ruego, por favor, señores, es que en aras de que podamos entenderles, rebajen su nivel de abstracción y nos hagan inteligibles sus argumentos y reflexiones al común de los mortales. En definitiva, Íñigo, que no he entendido ni la mitad de lo que escribes en tu artículo. ¿Me lo podrías volver a explicar en cristiano?

José Ángel Mañas es escritor.

V EL POPULISMO COMO JUSTIFICACIÓN DEL PODER (UNA RESPUESTA A JOSÉ MARÍA LASSALLE)

PUBLICO

¡Tiznado! le dijo la sartén al cazo. El PP que agita otra vez el ¡España se rompe!, que monta a Arias Cañete en un tractor cuando hay elecciones, amigo de Donald Trump y de Bertín Osborne, mira a derecha y a izquierda y grita: ¡Populistas! Y de insulto en insulto el concepto al final ya casi nadie sabe qué significa.

Se equivoca Fernando Lassalle, en debate con Íñigo Errejón, al echarle la culpa al populismo de “calentar y manipular las adherencias que conectan al pueblo con la institucionalidad que lo representa”. Mucho antes de que el populismo se articule alguien ha creado el dolor -vivimos en sociedades de clase-. Después, solo después, ha habido pueblo que ha elaborado ese dolor, principalmente sobre la base de las desigualdades (es la progresión: “doler-saber-querer-poder-hacer” que permite la transformación social sólo cuando el dolor se convierte en conocimiento, el conocimiento en voluntad, la voluntad en capacidad y la capacidad en decisión) . Y pagando siempre un gran precio. Las libertades siempre han sido una conquista.

El liberalismo nunca ha permitido que el pueblo se organice, aprenda, lea y escriba, reclame derechos. Prohibieron el asociacionismo desde el siglo XIX porque la clase obrera organizaba significaba la posibilidad de traducir las necesidades en derechos. Ni una sola de las ventajas de nuestras sociedades ha sido una concesión de los poderosos. Ni acabar con el trabajo infantil ni con el analfabetismo, ni reducir la jornada laboral ni tener derecho a sanidad, ni poder ir a la escuela o la universidad ni cuidar entre todos a los ancianos a través del sistema de pensiones, ni el voto popular ni el voto de las mujeres, ni los derechos de las minorías sexuales y raciales ni el derecho a la justicia gratuita e imparcial. No tendríamos derechos sin las revoluciones francesa, de 1830, 1848 y 1871, sin la revolución rusa y sin el mayo del 68. El liberalismo siempre ha estado en contra de la extensión de los derechos. Basta leer a Locke para ver que al tiempo que se quejaba de que el Rey les convertía en esclavos, él mismo tenía plantación de esclavos donde le negaba la humanidad a los negros llevados a la fuerza desde África. Cánovas del Castillo estaba en contra del sufragio universal.

Nunca se ha dado una “solidaridad afectuosa” como la que reclama Lassalle por parte de los que tienen algún privilegio, precisamente porque

ese privilegio lo están pagando lo que no pueden recibir afecto sin que el privilegio se disipe. A los liberales siempre les han gustado los tíos Tom.y en tiempos complicados están dispuestos incluso a tolerar a los socialdemócratas. Cuando los negros de Haití se levantaron en nombre de la libertad cantando la Marsellesa no tardaron en ir las fuerzas del ejército francés a reprimirles. La libertad, igualdad y fraternidad no eran para ellos. El “afecto” del liberalismo, como el del neoliberalismo, siempre ha tenido su última ratio en las armas.

Cierto que antes de recurrir a la policía y el ejército han pretendido el control de los dispositivos de obediencia. La escuela y la iglesia, igual que luego la prensa, la radio, la televisión o los videojuegos (todavía tienen dificultades para controlar de la misma manera internet). Aquí también entra la redistribución de la renta, pero siempre como una exigencia popular y siempre que no frene la acumulación. Si se exceden en el robo, se termina notando. Vivimos en sociedades cuyo principio económico organizador es la obtención de beneficio a través del mercado. Y también la democracia liberal a través de los partidos que otorga legitimidad al sistema pero no es capaz de explicar las enormes diferencias entre la clase política (con sus jefes) y el pueblo al que representan. El liberalismo se ha hecho democrático a la fuerza, y cuando las recurrentes crisis amenazan el beneficio de los que pueden pelearlo de cualquier forma, se liberan del compromiso democrático y regresan al liberalismo de la fuerza, las leyes mordaza, la represión y la violencia. En esta fase, los ricos o los sectores empresariales ya no compran políticos sino que entran ellos directamente en política (EEUU, Argentina, Brasil, Francia o el lobby de las armas poniendo en España al Ministro de Defensa). Lo que estamos viviendo hoy en Europa y vivió ayer América Latina, África y Asia y aún sufren.

El populismo expresa la indignación desde finales del siglo XIX contra las humillaciones -que se expresan en las desigualdades-, contra la economía -que convierte al ser humano en mercancía- y la política de élites o partidos -que aleja el compromiso de los gobernantes con la democracia-. Es lo que emergió en la crisis de 1873, la de 1929, la de 1973 y la de 2008. Es lo que expresó el 15M:¿por qué no me representas? ¿por qué me tratas como una mercancía en manos de banqueros y políticos corruptos? El populismo es un momento destituyente, de impugnación, que construye un nosotros circunstancial contra un ellos responsable de las desigualdades, los recortes, la precariedad y, por lo general, también de la corrupción. Al que tiene que seguir un momento constituyente. En el momento populista coinciden todos los damnificados por la forma que tiene el poder en nuestras sociedades de salir de las crisis. En el momento constituyente los bandos se clarifican. Hubo gente de Ciudadanos, el

partido reinventado a mayor gloria de Rivera, en el 15M. Pero a la hora de crear un nuevo contrato social, el peso de los intereses de clase no es menor y eso explica el alineamiento de Ciudadanos con el Partido Popular. La derecha siempre se sube al carro del populismo para ganar votos. Agitan los problemas del Pacto de Versalles por la mañana y por la noche se reúne con los Thyssen y los Krupp. Ahí tenemos a Trump, a Macron o a Rajoy fotografiándose en 2011 delante de una sede del INEM. Luego vendría su reforma laboral. El populismo de derechas es el principal enemigo del populismo de izquierdas, precisamente por su facilidad para subirse al carro de la indignación.

“Apoyémonos en una solidaridad afectuosa que nos haga sentir que somos un “nosotros” que debemos preservar unido y en paz si queremos definirnos como seres civilizados. Confiemos en los otros y cuidemos entre todos la democracia”, le ofrece Lassalle a Íñigo Errejón (quien ha reseñado el último libro del que fuera Secretario de Estado de Cultura con Rajoy). Al tiempo que su partido, el PP, entra en redacciones para requisar material electoral, prohíbe actos, encarcela desobedientes políticos e impide un referéndum en un país donde pedimos a una banda terrorista que dejara las armas y se expresara políticamente. Al tiempo que han crecido desorbitadamente las desigualdades, se han quebrado los salarios y las condiciones laborales, se ha expulsado de nuevo a los sectores populares de la universidad y se ha vaciado la hucha de las pensiones mientras el PP se enriquecía, robaba, organizaba campañas electorales con dinero proveniente de acuerdos ilegales en obra pública. ¿Tender la mano sin más? La derecha siempre reclama diálogo cuando no puede hacer valer más la fuerza. Pero ahora los ciudadanos del Reino de España tenemos una obligación democrática: salir cuanto antes del gobierno del Partido Popular y su populismo de derechas. Cuando estén fuera del gobierno, el diálogo será más sincero.

VI ¿QUÉ ES EL POPULISMO Y QUIÉN ES POPULISTA EN ESPAÑA?

Rodrigo Carretero Redactor, El Huffington Post

"El final del populismo es la Venezuela de Chávez"; "Los partidos populistas han llegado a España"; "Es populismo bolivariano de telepredicador".

Son frases del secretario general del PSOE, Pedro Sánchez; de la líder de UPyD, Rosa Díez, y del vicesecretario de Organización del PP, Carlos Floriano, respectivamente. Los tres criticaban a Podemos.

Es sólo una muestra de que la palabra 'populismo' está de moda entre los partidos políticos españoles, que la utilizan constantemente como arma arrojadiza. Sin embargo, el término no figura en el diccionario de la RAE y en el ámbito académico hay un largo debate sobre qué demonios significa exactamente.

Con todo, el propio Pedro Sánchez explicó este fin de semana lo que es para él los populismos: "Un proyecto que se construye sobre el descrédito del otro, sin aportar soluciones ni futuro a la sociedad española. O mejor dicho, con propuestas que provocarían frustración y un pobre futuro en España".

Atreverse, como Sánchez, a decir qué es el populismo, tiene su mérito. Santiago Míguez, director del Departamento de Sociología y Ciencia Política de la Universidad de A Coruña reconoce que definirlo "no es fácil", pero indica que el populismo es "una forma de hacer política" que busca "alcanzar o influir en el poder" y afirma que tiene alguno de estos tres elementos básicos:

Un fuerte liderazgo ("ampliamente o unánimemente aceptado por sus seguidores"); mesianismo ("se entiende al pueblo como enfrentado con las clases dominantes y sus líderes se presentan como redentores de los humildes") y anti-establishment ("propósito de superación de las instituciones vigentes, a las que se critica como obsoletas y al servicio del establishment").

¿ES BUENO O MALO?

Xavier Casals, doctor en Historia Contemporánea, niega, como se cree habitualmente, que el populismo sea siempre negativo. Admite que la "mayoría de los expertos señalan que desvaloriza la democracia y crea la ilusión de que es muy fácil acortar la distancia entre representantes y representados". Pero destaca que otras tesis, como las de Ernesto Laclau, dicen que garantizan la democracia y que no hay que estigmatizarlo".

En esa dirección apunta Ariel Jerez, profesor de Ciencia Política en la Universidad Complutense de Madrid y miembro de Podemos, quien

lamenta que el término tenga ahora una fuerte carga peyorativa. "Los grandes medios de comunicación han cargado de negatividad el concepto y las mayorías sociales siguen recibéndolo como tal. Por tanto, en la disputa política hay quien lo utiliza como arma arrojadiza ignorando de manera interesada un trasfondo mucho más problemático y complejo que hay en el debate académico", destaca.

Muy de acuerdo con esa tesis está Juan Carlos Cuevas, también profesor de la Complutense, quien critica que se está intentando identificar populismo con "democracia asamblearia" con "una clara voluntad difamatoria".

UN BUEN CALDO DE CULTIVO

Los expertos coinciden: los discursos populistas están ganando peso en España en los últimos años porque había un caldo de cultivo muy propicio para ello debido a la crisis. Pero Cuevas, por ejemplo, le resta importancia y afirma que el nivel de "populismo" de la política española es perfectamente equiparable al que hay en el resto de las democracias europeas, una de cuyas máximas expresiones, dice, es el Movimiento 5 Estrellas de Beppe Grillo.

Y, como en todo, la pregunta es: ¿Fue antes el huevo o la gallina? Casals responde rotundo: "El populismo no causa la crisis del sistema. Es la crisis del sistema la que abre las compuertas al populismo".

Una opinión que, con matices, comparte Ariel Jerez. Afirma que el populismo es una "manera de pensar determinadas coyunturas históricas", como cuando "las identidades sociales ya no tienen representación política porque las élites han tomado decisiones de las que dudan las grandes mayorías".

En ese contexto, explica, esas grandes mayorías no se sienten representadas y "de golpe, la aparición de un líder o un discurso coherente a eso hace que estas demandas puedan entrar en la arena política".

¿QUIÉN ES POPULISTA EN ESPAÑA?

Los hay históricos (Jesús Gil, Mario Conde y José María Ruiz Mateos) que cumplen la prueba del algodón que menciona Francisco Roldán, presidente de la Asociación Española de Consultores Políticos: "A los populistas, normalmente, se les quiere o se les odia a muerte".

Pero, ¿quién es populista ahora? Los expertos afirman que hay rasgos de populismo en muchas formaciones políticas, pero ningún líder reúne todas las características de un gran populista.

Podemos. La gran mayoría de los expertos consultados afirman que la formación de Pablo Iglesias contiene elementos claramente populistas. Jerez subraya que Podemos "tiene un componente populista

autoasumido, incluso dentro de un debate". "Podemos está debatiendo qué significa ser populista. Es un avance que alguien quiera discutir una idea que tiene esa carga negativa y es parte de su cometido", afirma.

Míguez va por otro lado y asegura que Podemos es populista porque algunas de sus medidas comportarían actualmente muchos más inconvenientes que beneficios: la renta básica para todos los ciudadanos, declarar el impago de la deuda soberana o la nacionalización del sistema bancario.

Pero Juan Carlos Cuevas, de la Complutense, discrepa por completo, y critica que todo lo que tiene que ver con Podemos, "por novedoso", es tildado de populismo. "Tienden a calificarse de populismo las respuestas que se dan a las demandas del conjunto de la ciudadanía", subraya.

Todos los nuevos partidos. Xavier Casals afirma que las formaciones de reciente formación tienen un componente populista porque sus discursos son esencialmente anti-establishment y las nuevas denominaciones son "inclusivas y transversales" (Ciutadans, Foro Asturias Ciudadano), con "valores" (Unión Progreso y Democracia, Compromís) o con imperativos (Podemos, Ganemos), de tal forma que "el enunciado es el programa".

"Se caracterizan porque se presentan como proyecciones de la sociedad civil. Nadie quiere presentarse como político profesional", explica.

Juan Carlos Cuevas, de la Complutense, afirma en cambio que las formaciones de izquierda "se han acercado más a las demandas directas de la ciudadanía, pero sus respuestas, sus propuestas, se basan en el sentido común".

UPyD: La expresión "casta política" la emplea también UPyD, según afirma Xavier Casals. "Sus mensajes también se centran en ese discurso crítico con la partidocracia, el bipartismo, y exhortan a la movilización", afirma.

Jerez destaca que la formación magenta reúne otro de los rasgos propios del populismo por el tipo de "liderazgo carismático" que intenta jugar Rosa Díez dentro de la formación. Tanto Jerez como Casals aplican a Ciudadanos los mismos factores populistas que a UPyD.

PSOE, PP y CiU: Pero el populismo ha llegado incluso al discurso de Rajoy y se irá incrementando a medida que se acerquen las elecciones, según asegura Santiago Míguez.

"Para detener la sangría de votos, las primeras medidas anunciadas han sido las de mantener las deducciones fiscales o la de bajar los tipos impositivos del impuesto de la renta y sociedades. Algo que no casa con las políticas de austeridad que viene aplicando", insiste.

Ariel Jerez se remonta más en el tiempo y añade que "cuando Aznar nos dijo durante tantos años que España va bien, retrospectivamente

podemos decir que España no iba tan bien". "Creo que ese fue un periodo altamente populista pero que no identificamos como tal", afirma.

Francisco Roldán, de la Asociación Española de Consultores Políticos, mete en el mismo saco a PP, a PSOE y a todos los partidos en general "en cuanto a que no cumplen lo que dicen". De la quema no se libra ni el presidente de la Generalitat, Artur Mas, que, en su opinión, es populista al plantear la independencia de Cataluña como la solución de todos los males.

Sin dejar de lado a CiU, Jerez asegura que el liderazgo de Jordi Pujol en Cataluña durante 20 años jugó con una serie de bazas que tienen rasgos populistas: "Liderazgo, interpretar todas las demandas de la sociedad catalana en determinada clave aunándolas a través de determinados parámetros nacionalistas..."

¿HACIA DÓNDE VAMOS?

Y, tras el populismo, ¿qué? Xavier Casals pronostica que, "como el sistema es incapaz de regenerarse", el populismo está llamado a tener "la centralidad" del marco político.

"Nos deslizamos hacia una política mucho más fragmentada, más plural y con discursos políticos mucho más estridentes y con mayor carga populista".

VII LA GÉNESIS DEL POPULISMO EN ESPAÑA

- Los partidos populistas siempre han existido, pero sólo cobran fuerza ante grandes crisis y no todos tienen iguales opciones

El líder de Podemos, Pablo Iglesias, durante la sesión de control al Ejecutivo (Sergio Barrenechea / EFE)

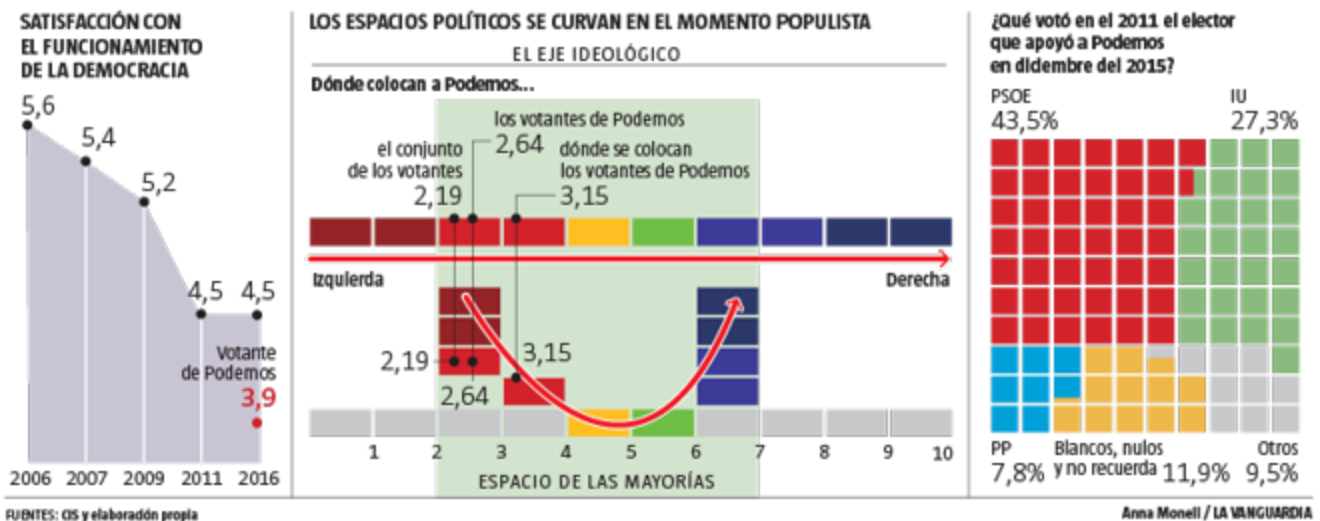
CARLES CASTRO,

La curvatura del espacio es el resultado de una perturbación cuyo cálculo exige complejas fórmulas matemáticas. Sin embargo, la realidad electoral ofrece ejemplos menos alambicados. La curvatura del eje ideológico (normalmente una línea recta entre la extrema izquierda y la extrema derecha) también parece producirse cuando estalla una crisis de gran calado. Lo que los intelectuales de cabecera de Podemos denominan “un momento populista”. Y ese “momento de ruptura” (resultado de la suma “de demandas sociales insatisfechas”) convertiría el eje ideológico en una especie de herradura en la que los extremos casi se tocan e invaden la franja de las grandes mayorías. Es una hipótesis que maneja la ultraderecha.

El ascenso de los totalitarismos durante la Gran Depresión, tras el crac del 29, afianzaría esta conjetura. Y la gran recesión que se desencadenó a partir del 2008 ha provocado en muchos países (incluida España) el ascenso de partidos antisistema que, hasta entonces, languidecían en uno u otro extremo del eje ideológico. Esas formaciones vienen actuando a las órdenes de un líder indiscutido y sus propuestas suponen un nivel muy alto de gasto público. Y, sobre todo, intentan capitalizar el voto de protesta, erigiéndose en portavoces de sujetos de difícil cuantificación: el proletariado, el pueblo, los de abajo.... frente a la oligarquía, los plutócratas o, ya más recientemente, “la casta”.

Eso sí, el auge actual de la mayoría de las formaciones populistas no puede entenderse sin un acompañamiento clave: la presencia de importantes fenómenos migratorios (vistos como una amenaza que explica las penalidades e incertidumbres presentes y futuras). Y de ahí que los emergentes partidos populistas del centro y norte de Europa tengan la xenofobia como uno de sus rasgos comunes. Ahora bien, su crecimiento –muy especialmente en Francia– sólo puede explicarse por una penetración en los espacios electorales de la izquierda sociológica; es decir, la clase trabajadora autóctona. El fascismo ya lo ensayó en el periodo de entreguerras mediante el social-populismo.

LA GÉNESIS DEL POPULISMO EN ESPAÑA



PODEMOS (Rosa M.^a Anechina)

Eso significa que para seducir a la clase obrera, esas formaciones de ultraderecha han combinado su populismo con una defensa del estado del bienestar y de los derechos de los trabajadores, propia de la izquierda socialdemócrata. De ahí que algunos de esos partidos se presenten como defensores “de la clase obrera sin socialismo”. El nacional-populismo habría reemplazado así a los partidos comunistas en la defensa retórica del proletariado.

Claro que, frente al populismo de signo conservador que arrolla en el centro y norte de Europa, en el sur del continente ha prosperado un populismo de izquierda radical, que ha crecido a costa (pero no sólo) de la tradicional izquierda socialdemócrata. Y ahí se ubicarían Syriza y Podemos, o el inclasificable Movimiento 5 Estrellas del cómico Beppe Grillo. Y aunque la gran diferencia la marca la xenofobia (de modo que la ultraderecha tiene como principal enemigo “a los de enfrente”, y la nueva izquierda radical, “a los de arriba”), las coincidencias son amplias en el rechazo a la globalización y a los modelos liberales.

Estos grupos no crecen tanto por méritos propios como por el hecho de que el contexto de crisis, corrupción y desempleo (o subempleo) genera un momento populista de desesperación y desconcierto. Y ese contexto distorsiona los espacios políticos y sitúa los discursos extremistas en el terreno de unas mayorías que se han radicalizado y se han ido a los extremos. De ahí las puntas electorales de Syriza (36%). Grillo (26%) o Unidos Podemos (21%).

En el caso español, la pregunta es hasta qué punto Podemos opera electoralmente como un genuino movimiento populista o es sólo una variante actualizada de la izquierda radical, crecida al calor de la crisis (como la alemana Die Linke o sus homólogas del norte de Europa). Y la respuesta se inclina más bien por esta última opción. Es verdad que el Podemos de las elecciones del 2015 reunía un voto transversal, pues casi

un 20% de sus electores procedía del PP o de otras fuerzas de centro. Sin embargo, el 70% lo componían desencantados del PSOE e IU. Además, aunque esos votantes presentaban rasgos propios del electorado populista, se ubicaban en el abanico de la izquierda y exhibían bajos niveles de españolismo y religiosidad.

Y si se atiende a la composición social del voto a Unidos Podemos, su correlación va en dirección contraria a la que reflejan los grupos nacional-populistas europeos. Menos de un 15% de los obreros votaron a Iglesias el 26-J (un tercio de los que en Francia lo hacen a Le Pen y por debajo de los que apoyaron a Rajoy y al PSOE). En cambio, más del 20% de las nuevas clases medias y altas apostaron por Podemos (hasta cinco puntos más que por el PP, cuyo caladero son las viejas clases medias, y el doble que por el PSOE).

Por ello, y con vistas a las expectativas electorales de futuro, el mensaje xenófobo como principal diferencia entre los populistas de ultraderecha y el “populismo perfeccionista” de Podemos, con su promesa de un autogobierno de los ciudadanos, tiene unas implicaciones decisivas sobre el crecimiento potencial del voto. El techo de Podemos viene determinado por el contingente de sufragios que pueda arrebatarse al PSOE. Los espacios que nutren el espectacular ascenso de la extrema derecha europea –una suerte de nueva alianza entre los obreros autóctonos y las clases medias– parecen por ahora vedados al progresismo de Pablo Iglesias y sus seguidores. El “pueblo de la ultraderecha es mucho más amplio electoralmente que el pueblo que invoca la izquierda radical.

VIII DE TRUMP A PODEMOS: QUÉ ES EXACTAMENTE EL POPULISMO

El Brexit y las elecciones en Estados Unidos han llevado a la recuperación de un concepto confuso

JORDI PÉREZ COLOMÉ

KIKO LLANERAS

- From Trump to Podemos: just what is populism?

El populismo es un concepto muy repetido en 2016. Muchos parecen tener claro qué significa, pero no es tan evidente. El presidente Obama inició una reciente arenga sobre el populismo así: “No sé si alguien puede buscar en un diccionario la definición de populismo”, dijo. Sin que nadie le ayudara, terminó con una definición negativa: “Alguien que etiqueta nosotros contra ellos o usa retórica sobre cómo vamos a cuidarnos nosotros respecto a ellos no es la definición de populismo”, dijo Obama.

El presidente Obama se equivocaba. El consenso académico define el populismo exactamente así: “Es una ideología delgada que considera que la sociedad se divide en dos grupos homogéneos y antagónicos, la ‘gente pura’ y la ‘élite corrupta’”, dice Cas Mudde, profesor de la Universidad de Georgia. Este discurso presupone que “los dos grupos tienen intereses irreconciliables, lo que lleva a enfatizar la soberanía nacional o popular”, dice Luis Ramiro, profesor de la Universidad de Leicester. El político populista es entonces el único que representa la voz de todo el pueblo.

PUBLICIDAD

inRead invented by Teads

Con esa definición el populismo es un instrumento electoral o de poder. Su uso exitoso más reciente ha sido la campaña de Donald Trump: “La pregunta de mañana es: ¿quiénes queréis que gobierne América, la clase política corrupta o la gente?”, se preguntaba Trump en la noche preelectoral.

MÁS INFORMACIÓN

- Celebración populista
- Donald Trump encuentra en la derecha populista europea a su primer aliado internacional

En Europa el Brexit o el auge del Frente Nacional en Francia son otros ejemplos. En el sur de Europa, dos partidos de izquierda como Syriza y Podemos han usado esta distinción entre pueblo y élites. “Podemos plantea la necesidad de una identidad política nueva, un nosotros, que es fundamental en política, que ya no es izquierda derecha, sino pueblo-oligarquía, arriba-abajo, ciudadanía-casta”, dice Jorge Lago, responsable de la Fundación de Podemos Instituto 25M.

La estrategia del ellos contra nosotros sería la gran similitud entre los populismos: “Lo que Trump y Podemos tienen en común es su reivindicación de que las élites han fallado a la gente y han usurpado la democracia. Como resultado, dicen que el pueblo debe ‘recuperar su país’ votando por ellos”, dice Duncan McDonnell, profesor de la Universidad Griffith en Brisbane (Australia). En Podemos creen que este análisis es demasiado simple: “Desde el inicio de la crisis asistimos a un proceso incuestionable de oligarquización de la economía y la política. Pensar que solo por eso se es populista, es un análisis apresurado”, dice Lago.

Es posible por tanto hablar de un populismo genérico. Hay sin embargo dos grandes diferencias entre los populismos de derechas y de izquierdas. Primero, obviamente, las políticas: “Podemos y el Frente Nacional tienen en común que dirigen sus ataques contra una élite liberal que creen responsable de los problemas. Difieren en el tipo de problemas que identifican y enfatizan, y en las soluciones que ofrecen”, dice Benjamin Stanley, profesor en la Universidad SWPS de Varsovia (Polonia).

La segunda distinción entre populismos de izquierda y derecha es la definición de pueblo: “La manera en cómo se construye el pueblo es la principal diferencia entre ambos populismos”, dice Chantal Mouffe, que junto a Ernesto Laclau inició una corriente que reivindica el populismo y es citada repetidamente desde Podemos. El pueblo puede ser un sujeto cívico o étnico. La derecha tiende a centrarse en el concepto étnico, de ahí su retórica sobre la inmigración. La izquierda es más inclusiva. Rebaja su definición del “nosotros” a algo más etéreo: “En Podemos dicen que el populismo es una forma de retórica con la que construyes una forma de pueblo”, dice Guillem Vidal, investigador en el European University Institute en Florencia (Italia).

Aquí surge otra gran confusión sobre el concepto del populismo: ¿hay medidas populistas o solo las hay de izquierdas, de derechas, demagógicas o estúpidas? Los académicos no se ponen de acuerdo. Hoy por ejemplo la derecha populista ha abandonado la defensa del libre mercado en favor del proteccionismo. En ese aspecto su postura le acerca a cierta izquierda. El movimiento puede ser populista, ¿pero lo es también la propuesta concreta? Ramiro cree que no: “No está claro si el proteccionismo es de derechas o izquierdas. Decir que algo es una política fiscal o exterior populista es alargar el concepto de una manera excesiva o peligrosa. La demagogia no es populismo”, dice.

Entre los académicos consultados, hay uno que define el populismo como algo más que una mera retórica de campaña: “El populismo es iliberalismo democrático”, dice Takis Pappas, profesor en la Universidad de Macedonia, en Tesalónica (Grecia). El objetivo de los políticos populistas no sería tanto presentar una división social, como desmontar la democracia liberal: “Los partidos populistas se enfrentan a

instituciones democráticas como la prensa libre, la división de poderes y especialmente la autonomía judicial”, dice Pappas.

Los ejemplos que aporta Pappas son Chávez y Maduro en Venezuela y el Perú bajo Fujimori. Si un líder es el único representante del pueblo, ¿qué necesidad hay de oposición y contrapesos del poder? La idea de que todos los adversarios pertenecen a élite corrupta los deslegitima: si el discurso populista se lleva al extremo, “proyecta una concepción mayoritaria de la política en la que los partidos en el poder sirven supuestamente al pueblo incluso en contra de la ley”, dice Pappas.

El populismo deja ver si es más que un discurso cuando toma el poder. En el discurso de Trump se ven detalles iliberales. Ahora en el gobierno se mirará con lupa. Pero no todos los populismos implican iliberalismo: “Hay populistas que no usan esos elementos de debilitar la separación de poderes o de intervención peligrosa sobre los medios de comunicación”, dice Ramiro.

IX EL DÍA QUE ESPAÑA DIJO: “POPULISMO”

La Fundéu la reconoce como palabra de 2016 y los filósofos subrayan su cambio de uso desde los tiempos de Gil y Gil: de definición a insulto, pasando por el 15M.

1. ESPAÑA

Europa está controlada por personas tan lejanas al pueblo que son invisibles. Plagada de tecnócratas anónimos que nadie conoce y en los que nadie confía. “Tenemos la impresión de no saber quién ni cómo nos gobierna. Todo es incomprensible para los ciudadanos”, escribe Chantal Delsol, en el ensayo *Populismo, una defensa de lo indefendible* (Ariel). “En esta tesitura, la sociedad busca conceptos más reales”. ¿Reales como populismo?

La Fundéu BBVA acaba de elegir el término para definir el año 2016 español y con retraso. El Diccionario de la RAE dice que es la “tendencia política que pretende atraerse a las clases populares”. Una definición tan ligera como amplio es el uso que se hace de la palabra como arma arrojada. Para unos, el populismo es propio de una mentalidad retrógrada, melancólica y enemiga del progreso. Para otros, supone la reconstrucción de una comunidad escindida políticamente. De tanto estirarla para uno y otro lado, ha terminado por vaciarse para llenarse con el contenido de una cosa y su contraria.

De tanto estirarla para uno y otro lado, ha terminado por vaciarse para llenarse con el contenido de una cosa y su contraria

Desde la Fundéu aclaran que el uso de populismo en los medios de comunicación “parece aludir a una forma de hacer política caracterizada, al margen de la ideología que la sustente, por el intento de atraerse emocional y vehementemente el favor popular ofreciendo soluciones simples y poco fundadas a problemas reales y complejos”. Es decir, las voces “populismo” y “populista” se están convirtiendo en voces que califican más que definen, como granadas de mano que se lanzan de lado a lado en el Congreso de los Diputados.

“Yo soy el mayor demócrata de este país, aunque no te parezca”, le espetó Jesús Gil y Gil a Jesús Quintero, en 2001, en *El Vagabundo* (Canal Sur y Telemadrid), en una entrevista que tocó el hueso del populismo. “Yo dije que a las nueve de la mañana puedo ser comunista, a las diez socialista y a las once de derechas”, contesta Gil a Quintero tras recordar su veletismo ideológico.

¿A USTED QUIÉN LE VOTA?

En ese momento, el presentador le pincha otra entrevista, una que le hizo en 1993, en *La boca del lobo*. El presidente del Atleti aparece desvelando las consecuencias de “gobernar *pa* los pobres”: “El pueblo es insolidario, el pueblo es ingrato, nunca hagas nada pensando que te van a agradecer, es la condición humana”. Quintero contraataca adelantándose a la esencia populista: “¿A usted quién le vota: los ricos, los pobres, los analfabetos, los cultos, la mafia o le votan todos?”. “A la mafia te juro que no la conozco”. Y retoma la pregunta: “A mí me votan todos, porque lo que quieren es el bienestar”.

Te voy a decir una barbaridad: a lo mejor la mafia debería existir, en ese concepto que tengo de tomarse la justicia por la mano cuando no existe la justicia

Pero... “Te voy a decir una barbaridad: a lo mejor la mafia debería existir, en ese concepto que tengo de tomarse la justicia por la mano cuando no existe la justicia [...] Esto de la patria te cansa. A mí me tiene obsesionado el Estado de derecho, no existe”. Es el discurso que le lleva al poder de Marbella. El mismo que en 1991 usa con Carlos Herrera al desvelar el secreto de su éxito: se dedica a trabajar y a crear riqueza, “mientras los demás se preocupan en quitarse los sillones”. En Marbella, gracias a él, “hasta el último jardinero tiene un coche”.

Con él no hay paro. Con él no hay injusticia. Con él no hay problemas. Él le pone Harley Davidson a los policías y reniega de la vieja política. ¿Por qué está usted en política, qué sabe usted de política? “Yo nada, de esta política no quiero saber nada”. Y se desata el festival de titulares: “Odio la política”; “Soy el que más iglesias ha hecho de España. Nueve”; “He utilizado a dios por conveniencia”; “Yo no he hecho historia. Lo que pasa es que la gente me quiere”.

El *establishment* ha buscado un antídoto conceptual, “populismo”, para demonizar el movimiento del 15M

Ni Gil y Gil, ni José María Ruiz Mateos, ni Mario Conde reivindicaban derechas o izquierdas. Pero anticiparon la degeneración de la casta política en los noventa, explica el filósofo César Rendueles, autor de, entre otros, *Capitalismo canalla* (Seix Barral) y *En bruto. Una reivindicación del materialismo histórico* (Los libros de la catarata). “Anticipan el auténtico populismo español, el del PP y el PSOE”.

TARDE, FUNDÉU

Pero, ¿cuándo empezó el Congreso de los Diputados a lanzarse populismo como arma arrojada? “Desde el 15M los movimientos emancipatorios han recuperado la reivindicación de la democracia. Ha habido una reapropiación de la palabra democracia por parte de la gente común y ante esto, el *establishment* ha buscado un antídoto conceptual,

“populismo”, para demonizar el movimiento. Esa es la clave de la moda de la palabra”. La Fundéu llega tarde.

El inicio de la crisis financiera hace despuntar al término en Europa. Antes, en 2005, Ernesto Laclau (1935-2014) lo relanzó desde América Latina en *La razón populista*. Para el filósofo argentino, no es una forma democrática degradada, sino un tipo de gobierno que permite ampliar las bases democráticas. El populismo rediseñado reclama la participación e incorporación de las masas a la arena política democrática, para evitar que ésta sea una mera administración. Esa es la esencia del populismo: volver reales, cercanos y próximos a los representantes.

Nadie se reconoce como populista, porque tiene una connotación claramente negativa

“Con el populismo recuerdo una cosa que decía José María Pemán sobre el fascismo: “Fascismo es eso que siempre son los otros”. Nadie se reconoce como populista, porque tiene una connotación claramente negativa”, explica a este periódico Manuel Cruz, filósofo y diputado y portavoz de educación por el PSOE. “Quienes están más cerca de él hacen una pirueta y dicen no hay fuerza populista, sino momentos populistas. Pero según eso todos somos populistas y nadie lo es”, añade en referencia a Podemos.

Para Cruz, autor de *Democracia movilizativa* (Libros de la Catarata) o *Pensar es conversar* (RBA), el populismo lleva entre nosotros desde hace tiempo. El desprestigio de la política aprovechado por Berlusconi, criticando a las élites y a los políticos tradicionales, o el intento de Gil y Gil, Ruiz Mateos y Conde. Este último decía que el problema era “el sistema”. Ahora es “la casta”. La base está en la crítica al sistema tradicional de partidos políticos como mediadores y representantes de las élites.

DEMOCRACIA REAL YA

Era una larva que rompió en la narración del 15M. “El mensaje populista es aceptado sin problema, porque casi parece una obviedad”, añade Cruz. “Se apeló a la 'Democracia real ya' y con el grito 'No nos representan'. Más tarde, Podemos le da forma política”. Las élites que monopolizan la representación del pueblo deberían desaparecer y establecer un vínculo directo. De hecho, en 1985, entra en el Diccionario Manual de la RAE la voz populismo, como “doctrina política defiende los intereses y aspiraciones del pueblo”. No hay marcas que indican un uso despectivo.

El populismo no tiene afán de precisión: es la metáfora, la poesía, la ambigüedad, es el truco

Félix Ovejero publicó en 2013 el ensayo *¿Idiotas o ciudadanos? El 15M y la teoría de la democracia*, en el que el doctor en Ciencias Económicas cuenta que la democracia, debido a un modelo pervertido, se enfrenta al

dilema de tecnócratas o populistas. Y si tratamos de definir el populismo estaremos perdidos: “El populismo no tiene afán de precisión: es la metáfora, la poesía, la ambigüedad, es el truco”, dice.

“No le interesa la precisión. No será precisa para dotarle el sentido que más interese. La palabra es incendiaria, pero el populismo no debate en serio”, cuenta Ovejero a EL ESPAÑOL. Explica que el término ha pasado de ser descripción a insulto, “porque todos se reconocen en el otro lado de la barricada”. Y que todas las democracias conllevan un tributo populista, porque para ganar unas elecciones “debes diluir los mensajes y buscar un *atrápalo todo*”.

El populismo representa a un pueblo que rechaza los deseos emancipación de las élites

Chantal Delsol es autora de *Populismo, una defensa de lo indefendible* (Ariel), asegura que el populismo es un insulto, porque no hay nada positivo en el término y en ningún caso se puede hablar de concepto político. Le llama la atención que nunca haya sido reivindicado por sus autores. “El populismo representa a un pueblo que rechaza los deseos emancipación de las élites”. Escribe que no reivindica la supresión de la democracia, ni la amenaza cuando llega al poder”. Reclama una alternativa.

La lengua es un organismo vivo, que se adapta a los usos y el populismo es la prueba. “Ahora sólo se usa como arma arrojadiza para definir al oponente”. Ha pasado de definir una estrategia política a definir a quien lo emplea para atacar al adversario: “Lo define como alguien que desconfía de la democracia. Quien ataca con el populismo es quien desconfía de la capacidad de las masas para tomar decisiones”, remata Rendueles. Demasiada velocidad para un Diccionario.

X POR QUÉ NO HAY DERECHA POPULISTA EN ESPAÑA (Y EL ERROR DE VOX QUE REPITE PODEMOS)

ESTEBAN HERNÁNDEZ

No estamos inmunizados. Nadie ha aplicado en nuestro país las estrategias que llevaron al éxito a Trump o a Le Pen y que forzaron el Brexit. Pero como alguien las recoja...

Santiago Abascal, líder de Vox, en la manifestación 'España en el corazón'. (EFE)

La derecha populista es la gran fuerza política en Occidente. Trump ha ganado las elecciones, Farage logró girar al partido conservador hacia el extremo y sacar a Reino Unido de la UE, Le Pen tiene posibilidades de gobernar Francia, y más aún si su rival en la segunda vuelta es Fillon, en Austria el FPÖ puede ganar las elecciones de este domingo, en Alemania la AfD está en auge y en Italia Cinque Stelle es la segunda fuerza.

Hay varios territorios donde este movimiento carece de fuerza, como son Portugal, Irlanda y España (tres países católicos, por cierto), lo cual resulta un tanto extraño, dada la tendencia general. Que la derecha populista no haya arraigado en un país como el nuestro, en plena crisis y con un nivel de vida que está descendiendo considerablemente, tiene algo de llamativo. La primera explicación la hemos oído muchas veces, como es la existencia del 15-M y la canalización del descontento hacia fuerzas como Podemos, que lograron vehicular el desencanto y la frustración y relegaron así al populismo de derechas a un espacio marginal.

“Siempre ha habido trabajo para los jóvenes”

Por sí sola, esta explicación es débil. En enero de 2014, cuando se creó Podemos, había varios elementos que resultaban muy propicios, y que siguen siéndolo, para que el populismo de derechas encajara en España. La falta de empleos, el descenso en los salarios y la mayor incidencia de la crisis en las capas populares y en las medias creaban una atmósfera propicia para que las ideas triunfantes de los populismos, esas que reclaman un país para sus nacionales (“En Francia siempre ha habido trabajo para sus jóvenes”, “Nadie se llevará las fábricas de EEUU”, “Si no fuera por los emigrantes, no faltaría empleo en el Reino Unido”), o que culpan a Bruselas y Alemania de sus males, encajaran bien en España.

El problema de la derecha populista en España fue la oferta de Vox, que generó muy pocas identificaciones en aquellos sectores que les podían votar

Ninguno de estos dos elementos ha sido utilizado por la formación de Iglesias, que se ha centrado en cuestiones como el régimen del 78, una nueva transición y la corrupción. Y tampoco la creación de Podemos explica por sí misma la ausencia de derecha populista en nuestro país. Cabe recordar que, en junio de 2014, cuando Josep Oliu, presidente del Banco de Sabadell, decía aquello de “España necesita un Podemos de derechas”, Vox respondió de inmediato que ya existía, y que eran ellos. Y después de aquel incidente, Ciudadanos lanzó su proyecto nacional y le quitó a Podemos parte de su voto (y al PP), lo que demuestra que los de Iglesias tampoco habían clausurado las puertas de acceso y que había sitio para que otras formaciones crecieran.

Lo que Vox hizo fue lo peor que se podía hacer estratégicamente: recoger la herencia de la derecha anterior y radicalizar sus propuestas

El problema de la derecha populista en España fue Vox, o más bien la oferta política en que esta formación se basó, que generaba muy pocas identificaciones en aquellos sectores, como eran los populares y las clases medias, que más voto podían proporcionarles. En resumen, lo que Vox hizo fue lo que peor se podía hacer estratégicamente, que es recoger la herencia de la derecha inmediatamente anterior e intensificar sus propuestas: eran más católicos que nadie, más liberales que nadie y más antiautonomías que nadie. Con esa perspectiva, solo podían resultar atractivos para una parte muy pequeña de la población, y ese fue el voto que terminaron recogiendo.

Trump no es Sarah Palin

Si se hubieran fijado en las experiencias exitosas en otros países europeos, se habrían dado cuenta de que ese tipo de ideas o habían sido absorbidas por los partidos sistémicos de la derecha o gozaban de escasa popularidad. Por decirlo así, habían equivocado el eje en el que pelear: seguían hablando de liberalizar, de asuntos religiosos, de recortes drásticos en el gasto o de la desaparición de estructuras administrativas, en lugar de centrarse en los problemas que más les importaban a los españoles, los económicos, como no podía ser de otra manera en tiempo de crisis. Estaban mucho más cerca del Tea Party que de Trump, cuando el millonario estadounidense ha triunfado precisamente por alejarse de aquellos postulados. Trump no era Sarah Palin, y la gran diferencia entre ambos eran sus propuestas económicas. Y, a su vez, hay una notable distancia entre Trump o Le Pen y Amanecer Dorado y demás formaciones de extrema derecha, justo la que permite a unos optar a gobernar su país y condena a otros a espacios políticos residuales cuyo techo está marcado.

No hay, pues, un partido de derecha populista en España, y si lo hubiera, podría gozar de una notable aceptación. Tiene todo el escenario para desarrollarse, y hay un montón de frustración y de descontento que no ha sido canalizado. Es cierto que lo tiene difícil por la gran oferta de partidos

que existen, pero también hay un suelo sociológico que podría aprovechar con la estrategia adecuada.

El mensaje de la derecha populista extranjera es muy poderoso, a veces invocando a los puestos que quitan los emigrantes, y a menudo sin necesidad de eso

Y en gran medida este contexto se da porque los partidos de reciente creación no han acertado con la tecla. La conversión de Ciudadanos de una formación catalana en otra española ha supuesto también una variación en sus posturas, convirtiéndose en una suerte de PP más moderno; Podemos ha optado por girar a la izquierda y por priorizar asuntos simbólicos en lugar de los materiales. Ninguno de ellos ha ido a los barrios y a los pueblos a decir que iban a generar muchos puestos de trabajo, que se habían acabado las deslocalizaciones, que apostaban decididamente por la agricultura y la ganadería españolas, que pondrían en marcha planes de reindustrialización o que iban a adoptar las medidas adecuadas para que las pymes aumentaran de verdad sus ingresos. Unos insistían en medidas liberales, los otros invocaban al I+D y la renta básica, apuestas que la gente común rechaza, con razón o sin ella, como pura palabrería. El mensaje de la derecha populista extranjera es mucho más poderoso, porque llega profundamente a sus votantes, a veces invocando los puestos que quitan los emigrantes, pero a menudo sin necesidad de llegar a eso.

Podemos insiste en las ideas que fueron centrales en la izquierda extraparlamentaria y las intensifica, como si diciéndolas más veces o más alto fueran a ganarse seguro las simpatías de sus posibles votantes

Podemos, además, tiene un problema adicional. Si Trump transformó el discurso que había recogido del Tea Party en algo mucho más popular y Marine Le Pen cambió los mensajes de su padre por otros más afines a la clase obrera y a la media pobre, los de Iglesias están siguiendo el camino inverso en su espectro ideológico. Se están convirtiendo en el Vox de la izquierda, porque están repitiendo sus errores. Si el partido de Abascal no hizo más que amplificar y radicalizar las propuestas de la derecha precedente, Podemos está haciendo lo mismo (cuando crecieron precisamente por no hacerlo): está girando hacia el pasado, insistiendo en aquellas posturas que fueron clave en la izquierda extraparlamentaria, solo que agitándolas con más intensidad, como si diciéndolas más veces o más alto fueran a ganarse las simpatías de sus posibles votantes.

El espacio está ahí

La esencia del populismo, el centro de su éxito, tiene que ver fundamentalmente con lo material, con esos elementos que permiten tener cierta seguridad económica, que hagan mirar al futuro con menos temor y que permitan pensar que, a pesar de la crisis, siempre va a haber un lugar para cualquiera de nosotros en esta sociedad. Tiene que ver con

enfrentarse a los problemas haciendo creer a la gente que habrá una solución real al final del camino. En realidad, desactivar los populismos sería sencillo, porque bastaría con girar el rumbo de la UE y tomar medidas económicas que favorecieran a la mayor parte de la población. No es el caso: las élites están generando todas las condiciones para que los populismos de derecha se desarrollen.

Uno puede pensar que Trump o Le Pen no son el remedio, pero lo que los votantes saben es que, a la hora del empleo, no lo han sido ni Rajoy, ni Hollande ni Obama/Hillary Clinton; se puede creer que el populismo llevará a peores escenarios, pero sus votantes han pensado que pocas cosas pueden ser peores que la realidad en la que viven; se puede criticar a sus líderes, pero generan más confianza en sus votantes que las viejas figuras del 'establishment'. En España, nadie ha ocupado ese espacio. Lo que también significa que alguien puede llegar a ocuparlo, porque está ahí, disponible.

BIOGRAFÍA

Periodista de El Confidencial. Autor de "Los límites del deseo. Instrucciones de uso del capitalismo del siglo XXI" (Ed.Clave Intelectual), "Nosotros o el caos" (Ed. Deusto) y "El fin de la clase media" (Ed. Clave Intelectual). Ha participado en los libros colectivos "#Podemos. Deconstruyendo a Pablo Iglesias" y "#Ciudadanos. Deconstruyendo a Albert Rivera".